



# LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas  
de la marca

Año III  
N.º 72

PARAMOUNT

25  
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

## La vida es un azar

Producción dramática, de sentimental asunto

interpretada por

THOMAS MEIGHAN  
MARIETTA MILLNER

Es un film PARAMOUNT

Distribuído por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



# LA VIDA ES UN AZAR

## Argumento de la Película

El populoso barrio del Este de Nueva York, a principios del presente siglo, aparecía, el día en que comienza nuestra historia, cubierto por la nieve, que caía copiosamente, y de modo pertinaz, de la bóveda plomiza del firmamento.

Las calles estaban desiertas. La gente se acurrucaba junto al fuego del hogar.

Sólo se veía, de trecho en trecho, algún que otro guardia, cumpliendo su deber de velar por la tranquilidad de todos.

De pronto, cual alma en pena, vióse cruzar una calle a un muchacho desarrapado.

El infeliz era un huérfano sin amparo de nadie. Buscaba asilo en cualquier sitio cubierto. Tiritaba, y para combatir en lo posible al crudo cierzo, habíase puesto encima cuantas ropas constituyan su única "fortuna", y sus pies

5

desaparecían bajo unos pedazos de agujereada lana.

Se había agotado de tanto caminar, y ya desesperaba de encontrar el refugio que su aterido cuerpo reclamaba, cuando vió, a un lado de la calle, un cajón, una especie de garita providencial, donde podría cubrirse de la lluvia blanca.

Como el náufrago que se aferra a la pavesa salvadora, el rapaz apresuró el paso y metióse dentro del cajón, como si éste fuese todo un palacio.

Su estómago estaba vacío, pero el hambre le sería más soportable sin sentir tanto frío como hasta entonces. Procuraría dormirse, y en brazos del olvido esperaría resignadamente al día siguiente, con la esperanza de que se presentase mejor que el anterior.

La descrita escena, que para ser más sentimental todavía, tenía por marco la nieve, había tenido un testigo: un guardia.

¿Qué haría éste? ¿Se llevaría al chiquillo, para encerrarlo en un asilo, ya que no tenía, al parecer a nadie en el mundo?

Era lo más probable.

Y he aquí que, cuando el niño empezaba a reaccionar en su cajón, el representante de la autoridad se aproximó a la improvisada garita y con la porra tocó los pies del huérfano, para obligarle a salir.

El chiquillo se asomó al exterior de su "castillo en el aire" y al ver al guardia palideció, si esto era aún posible en él...

—¡Eh, muchacho!—le dijo el guardia, insistiendo en que saliera del cajón.

El pequeño le dirigió suplicante mirada y tartamudeó, a causa del frío y de la emoción:

—Yo no he hecho nada... Tengo frío y no tengo casa...

—Sal de ahí....—profirió el agente.

Y el golfito tuvo que obedecer.

—Adónde me va usted a llevar?—preguntó al guardia.

—Ven conmigo, y ya lo verás.

Cuando uno está aburrido de todo, cuando comprende que es inútil que luche contra la adversidad, se abandona a su destino importándole lo mismo una cosa que otra.

Eso es lo que hizo el huérfano: se dejó conducir, y que Dios dispusiera de él como tuviera a bien entenderlo.

Pero el guardia era buen padre de familia y condujo al chico a un lugar donde había buen fuego, buenas personas y abundante comida, cosas éstas de que andaba el pequeño muy necesitado.

El lugar en cuestión era un cafetín típico de la época en que era aún desconocida la "prohibición de beber" en los Estados Unidos...

El tal cafetín lo regentaba una excelente

mujer, viuda y con un hijo varón; que gozaba de muchas simpatías y de merecida fama de cocinera. Era tan buena cocinera que desde hacía treinta años hacía sopa de almejas sin almejas...

El guardia entró con el niño y lo presentó a la buena mujer, sentándolo junto al fuego, para que reaccionase con el suave calor que despedía la ventruda estufa colocada en el centro del local.

El propio guardia libró los pies del chico de los envoltorios de lana, y una vez desnudos se los friccionó.

La dueña del cafetín, con la que en aquellos momentos estaba jugando un niño de corta edad, de cuatro a cinco años más joven que el huérfanito, se apiadó de éste y le preguntó, maternalmente:

—¿Cómo te llamas, hijito?

—Sam...—repuso el niño.

Le ofreció seguidamente un buen vaso de leche caliente, y ante tan deseado alimento el infeliz sonrió y abrió unos ojos como ruedas de molino.

¡Benditas las almas buenas!

Bebió la leche glotonamente, dando prueba de su hambre consumidora, pero la dueña le interrumpió, para que la reconfortante bebida no le hiciera daño tomada tan afropelladamente.

El hijito de la dueña, Jorgín, simpatizó con Sam y no se movió de su lado, bebiendo con él una infima parte de la leche, como dos hermanitos que quieren el uno lo del otro.

La dueña, Maggie de nombre, sonrió al ver a los dos chiquillos, y dejándose llevar de su bondad, dijo al guardia:

—Me gusta el chiquillo y me quedaré con él... Por lo menos le hará compañía a mi Jorge...

Tal prueba de humanitarismo emocionó al guardia, quien, satisfecho de su buena acción y admirado de la de la señora Maggie, dijo al pequeño Sam, que volvía a la vida:

—Naciste con suerte, hijito... Has caído en una casa donde no habrá de faltarte nada en los días de tu vida...

—Gracias, gracias...— murmuraba Sam, sin comprender, sin embargo, en toda su importancia, la generosa acción de que era objeto.

—Procura corresponder al cariño que te brindan, con gratitud y respeto. Sé buen muchacho.

—Sí, señor... Lo que ustedes quieran...

Y el buen guardia fué a reintegrarse a su puesto, no temiéndole al frío, pues su corazón era tan grande y estaba tan saturado de alegría, que sentía un calorquito muy agradable en todo su ser...

¡Alma generosa!

\* \* \*

La misma suerte que le deparó un hogar aquella terrible noche de invierno no abandonó al huérfanito en los veinte años que la siguieran, motivo por el cual le llamaban Sam "Fortuna", o "Lucky" Sam MacCarver...

Y andando los años, hecho todo un pugilista, Sam "Fortuna" le disputó un día el título al campeón mundial.

Se hallaba en el Club Atlético rodeado de admiradores y de periodistas que no le dejaban en paz con sus preguntas, decididos todos ellos a entrevistarle para su periódico.

Un caballero, sorprendido de la rápida ascensión a la popularidad de Sam, dijo a un vecino:

—Quien le puso "Fortuna" sabía lo que se hacía... ¡Enfrentarse con el campeón con sólo diez luchas, no se ve todos los días!...

Sam era un bello ejemplar de la raza fuerte, un cuerpo sano con una mente tan sana como el cuerpo.

Desde que la señora Maggie le brindara

maternal protección se entregó en cuerpo y alma a ser digno de ella, y pronto de carga se convirtió en inestimable ayuda.

La señora Maggie mereció que él la llamase madre, y Jorge, hecho también, ahora, un hombre, era para él como un hermano, lla-



*La señora Maggie mereció que él la llamase madre...*

mándole así siempre.

Pero, fuerza es decirlo, Sam era más hombre, moralmente hablando, que Jorge. Lo que aquél tenía de seriedad, de cálculo honrado

para el porvenir, el hijo de la señora Maggie lo tenía de atolondramiento.

No se podía negar que Jorge era un buen chico, pero acaso los mimos que recibiera de su madre y del propio Sam le hicieron ser caprichoso, voluble, excesivamente pagado de sí mismo.

Los dos hermanos se llevaban perfectamente. Tanto era así que Sam había nombrado a Jorge apoderado suyo, para no separarlo nunca de su lado.

Por eso, al verse abrumado por los periodistas deportivos, les dijo, señalándoles a Jorge, que repartía sonrisas y frases festivas a los admiradores de su administrado:

—Vayan a ver a mi hermano Jorge... El es mi apoderado...

Y Jorge complació a todos, inventando anécdotas para hacer más popular a Sam.

Súbitamente prodigióse un gran revuelo entre los presentes al oírse fuera del local las aclamaciones de los curiosos estacionados en la calle.

Se oyó una voz:

—¡Ahí viene el campeón!...

En efecto, era el campeón, el hombre del día en Norteamérica, porque sus combates se contaban por indiscutibles victorias.

La gente le abrió paso, desgañitándose para ponerlo por las nubes, y al llegar al interior

del Club, el campeón fué presentado a Sam y se dieron amigablemente las manos.

Su entrevista no tenía, aquel día, otro motivo que la firma del combate, sujetándose ambos a la fecha fijada por sus "managers" y a las condiciones reglamentarias.

Los púgiles y sus acompañantes entraron en el despacho de la Junta del Club, para la citada firma, y un ayudante de Sam dijo a Jorge, viendo que le prohibían el acceso allí:

—Déjeme entrar, que aquí le traigo el "sweater" de la buena suerte...

Ese "sweater" era un jersey que en un tiempo fué blanco como la nieve y que ahora estaba lleno, en la espalda y en el pecho y en ambos brazos, de nombres, firmas y frases de encomio.

Sam, supersticioso como buen luchador, atribuía a esa prenda la virtud de hacerle "invulnerable" y se lo ponía siempre que realizaba algún acto trascendental.

Jorge apartó, incrédulo, al ayudante, llamado "Pecas" por sus muchas idem en el rostro, en el que había más picardía que ojos; pero Sam, viéndolo, le hizo entrar.

Los boxeadores se sentaron ante la mesa, para proceder a la lectura y firma del contrato.

El campeón firmó sin rodeos, pero Sam, al

ir a firmar, buscó con la mirada a alguien y dijo:

—Lo firmaré cuando haya llegado mi madre... Hasta ahora ha estado presente en la firma de todos mis contratos...

Alguien le dijo:

—¡No hay duda que la señora Maggie es una buena mascota!... ¡Que Dios te la conserve, Sam!...

—¡Ya lo creo... y que sea por muchos años!...—exclamó Sam—. Si algo soy a ella se lo debo...

El campeón y su administrador se echaron a reír, mofándose entre sí de la ingenuidad de Sam; pero éste, atento a la voz de su conciencia, que le aconsejaba el obrar como lo hacía, fué a distraerse tocando el piano, instrumento que dominaba a la perfección.

Y el campeón y su apoderado tuvieron que resignarse a aguardar a la mascota del "challenger".

En tanto, por aquellos barrios populares se deslizaba majestuosamente un automóvil de lujo en el que iban algunas parejas, aves de otro plumaje, cuyos nidos no colgaban de los tejados del barrio de los pobres sino de las aristocráticas mansiones de la Avenida del Parque y de los "cabarets" del ruidoso Broadway...

Empuñaba el volante una linda mujer. A

su lado iba un joven, su prometido, cuyo tipo no era "precisamente" tan interesante como el de la fémina.

—¿Por qué calles te metes, Carlota? ¿No ves que aquí nos miran como bichos raros?

—no pudo menos de decirle el novio a la bella mujer.

Carlota respondióle, sonriente:

—Te conviene un paseo por estos andurriales, Monty... Así te darás cuenta de que no todo es "golf", "polo", "black bottom" y "poker" en el mundo...

—Si es un capricho tuyo...

El chofer de esos aristócratas iba sentado en un asiento especial del estribo, como objeto de lujo, y unos chiquillos la tomaron con él, por su cara de memo, y con Monty, porque miraba a la gente con manifiesto desdén.

Revoltosos en grado superlativo, los golfitos arrojaron una manzana a Monty, que le alcanzó en pleno rostro, y como quiera que éste y el chofer pusieron el grito en los dominios de San Pedro, "se enfadaron" y uno de los muchachos tiró un vaso, que se hizo añicos, debajo del coche, produciéndose lo esperado: el deshinchamiento de un neumático.

Los aristócratas tuvieron que apearse, haciéndolo enfrente del Club Atlético, ante el cual se aglomeraba un inmenso gentío.

Carlota celebraba la "panne", que el chofer

cuidaría de reparar, y dijo a sus acompañantes al ver la muchedumbre agolpada ante el Club:

—¡Qué interesante es todo esto!... ¡Véamnos lo que pasa allí!...

Se acercaron... entraron en el local y, una vez dentro, Carlota preguntó qué ocurría para que hubiese tanta expectación.

—Sam "Fortuna" — le dijeron — está firmando el contrato para luchar con el campeón de boxeo...

—¿Cuál de ellos es el campeón?

—El alto... vestido de azul marino...

Sam no estaba allí, sino, como sabemos, sentado al piano, que estaba colocado en el ring del local.

Carlota, deseosa de ver de cerca al campeón, subió al ring y apoyándose en el piano contempló desde aquella altura el héroe nacional.

Pero, de pronto, vió a Sam en el piano y, sus miradas se cruzaron, al observar lo cual, dijole "Pecas" al "futuro" campeón:

—¡Las mujeres no sirven más que para estorbar, Sam!

Este sonrió. ¿Qué sabía el rapaz de esas cosas?

Carlota volvió a mirar a Sam, y como le gustaba lo que tocaba, no vaciló en preguntarle:

—¿Cómo se llama la pieza que está usted tocando?

—No tiene nombre... Estoy improvisando...

—¡Ah!

Improvísaba, sí, inspirándose en un motivo sentimental: su caminar incierto bajo la nieve la noche aquella en que un buen guardia se apiadó de su desventura.

Monty reclamó, enojado, la presencia de Carlota a su lado, y al poco llegó la madre adoptiva de Sam.

Jorge avisó a Sam, y mientras éste iba a reunirse con su madre, Carlota preguntaba a Jorge, que quedó prendado de su belleza:

—¿Quién es el pianista?

—Sam "Fortuna"... mi hermano...

Monty, celoso, objetó a Carlota:

—El ser novio tuyo no es ninguna delicia, Carlota... Todos los hombres parecen interesar meno yo...

—Tonterías, hijito, tonterías...

Sam besó a su madre y le dió a leer el contrato, para firmarlo con su consentimiento.

La bondadosa anciana examinó atentamente las condiciones y después de imponer una variación necesaria en la cláusula relativa al pesaje, permitió a Sam que firmase.

Este iba a hacerlo, cuando "Pecas" le dijo:

—¿Por qué no te pones el "sweater" de la buena suerte, Sam?

—Tienes razón...

Y se puso el célebre jersey, firmando el contrato acto seguido.

Luego se lo quitó, y cada mochuelo volvió a su olivo.

Los aristócratas subieron a su coche, cuya "panne" estaba ya reparada, y al embragar, vieron venir otro "auto" en dirección opuesta y echárseles encima a una velocidad fantástica.

Carlota se hizo rápidamente a un lado para detenerse bruscamente, pero con tan mala suerte, que arrimó a la base de una farola a Sam, al disponerse éste a cruzar la calzada para salvar a su madre de inminente atropello del otro coche, cosa que sucedió.

La señora Maggie y Sam resultaron gravemente heridos y esta doble desgracia llenó de consternación a todos, especialmente a Carlota, que se consideraba culpable del atropello de Sam.

\* \* \*

Sam "Fortuna" estuvo unas semanas luchando con el peor adversario que había encontrado en su vida.

Cierto día, cuando ya iba para bien, aunque tenía aún para algún tiempo de postración en el lecho, en completa inmovilidad, le visitó "Pecas", vestido con su ropa dominigüera y llevando en una mano unos claveles humilde obsequio para su gran amigo.

Sam se alegró de la visita, y díjole "Pecas", contrariado:

—¿Conque es verdad que no habrá lucha? Yo no sé por qué ese campeón de pacotilla no puede esperar a que te pongas bien, Sam...

Este repuso, pensativo:

—Hay otros aspirantes al título, "Pecas"... Y el campeón no puede perder el tiempo esperándome a mí...

Apareció una enfermera anunciando:

—La señorita Carlota Ashe desea verlo, señor...

"Pecas" creyó prudente marcharse, no sin

que le pesara ceder su sitio a aquella mujer a la que sorprendiera mirando con buenos ojos a Sam el día del accidente...

Carlota acercóse al lecho de Sam con cierto reparo.

—Siéntese, señorita... y gracias por su atención en visitarme... y por las flores...

En efecto, Carlota había traído una preciosa cesta florida que contrastaba singularmente con los cuatro claveles del buen "Pecas".

Carlota, emocionada, pronunció:

—Ha sido usted tan amable en recibarme... después de...

Sam la atajó:

—No la culpó a usted del accidente... Fué inevitable...

—Quizá sea así, pero esto no me exime de cierta responsabilidad...

Sacóse un talonario de cheques e hizo además de llenar una hoja por la cantidad que Sam le señalase.

—Nada de eso, señorita... De ningún modo...

En esto entró la señora Maggie, en una silla de ruedas, empujada por una enfermera.

Ya estaba bien, pero sus piernas quedaron tan débiles, que se vería obligada a no moverse del sillón en lo que le restaba de vida.

Madre e hijo se besaron, y, sonriente, dijo Sam a su mascota:

—El próximo vals lo bailaremos juntos, madre...

—¿Por qué no, hijo mío? Yo estoy muy bien, y tú te levantarás pronto...

Carlota, emocionada ante aquel gran cariño, dijo a la señora Maggie:

—No sabe usted cuánto siento lo ocurrido, señora... Creo que mi deber es remediar el mal, en lo posible, y así lo he manifestado a su hijo...

E hizo lo mismo de antes con el talonario de cheques.

La señora Maggie se opuso a que firmase nada, manifestándole con su inalterable suavidad:

—No necesitamos dinero, señorita... Sam cuidará de que nada nos falte...

No tenían ya el cafetín, pues Sam, tan pronto como empezó a ganarse bien la vida, retiró a su madre adoptiva.

Carlota despidióse de ellos admirada de su nobleza, y al ir a salir se tropezó con Jorge, quien experimentó una vivísima alegría al verla.

—¡Oh! ¿Usted? Tengo mucho placer en saludarla.

—Gracias, joven... El placer ha sido mío...

Jorge hubiese querido prolongar la conversación, pero Carlota no participaba del mismo deseo.

Al quedar a solas con su madre y su hermano, Jorge dijo a Sam, radiante de satisfacción al suponer que había habido un buen ingreso de fondos en la mermada caja común:

—Ya sabía yo que vendría a ofrecer una indemnización... ¿Cuánto ha ofrecido?

Sam y su madre le miraron con reproche, y, comprendiendo, Jorge criticó a su hermano, así:

—¿Será posible que en el mundo haya hombres tan bobos?

Y añadió, dirigiéndose a su madre:

—¿Por qué no le obligas tú a tomar lo que le dan?

La señora Maggie le miró con seriedad y no se tomó la molestia de contestarle.

\* \* \*

Sam "Fortuna", completamente repuesto, se entrenó.

Atentos a uno de los entrenamientos, desde la puerta del gimnasio, "Pecas" y un amigo suyo se disputaron, por discrepar las opiniones de ambos. "Pecas" afirmaba que Sam era

el mismo de antes, pero su compañero lo negaba rotundamente.

Se liaron a puñetazo limpio y rodaron por el suelo.

Entretanto, en el gimnasio, suspendiendo el entrenamiento, el "manager" dijo a Sam:

—Es inútil, querido amigo... No volverás a subir al ring... Aquel accidente fué la puntilla...

Jorge protestó contra tal opinión.

—¿Por qué no ha de poder luchar si entraña como Dios manda?... Otros pugilistas han sufrido accidentes más serios y, sin embargo, han hecho milagros...

—No hablemos por hablar... Yo sé lo que me digo...

—Con un buen entrenamiento — insistió Jorge, viendo en su hermano, como boxeador, una buena fuente de dinero—, antes de seis meses Sam se ceñirá el cinturón del campeón de peso completo... ¡porque lo digo yo!

Sam intervino, traicionándose a sabiendas, asíéndose a una última esperanza:

—Jorge tiene razón, "Cañonero"... Todo lo que yo necesito es entrenar fuerte... Aun no me doy por vencido...

El "manager" no se atrevió a contrariarlo, pero Jorge no se libró, cuando quedó a solas con él, de un soberbio directo que lo tumbó al suelo, por meterse en camisas de once varas.

Sam, al salir del gimnasio, vió a "Pecas" pegándose con otro chico, y los separó, inquiriendo la causa de la riña.

Jadeante, "Pecas" le dijo:

—Se atrevió a insultarte... ¡Y quien te insulta a ti me la paga!

El rival se mantuvo en su opinión y Sam oyóle decir:

—Lo siento... pero es la pura verdad...

Entonces Sam, reconociéndose inutilizado para el ring, abrazó a los dos muchachos y murmuró, apesadado:

—Tu amigo tenía razón, "Pecas"... Todos tenemos nuestras horas de suerte...

Y había que ver cómo "Pecas" lloró...

\* \* \*

Para las almas bien templadas no hay días grises.

La señora Maggie, a pesar de su desgracia, era feliz y sólo la preocupaba sorprender alguna huella de pesadumbre en Sam.

En cierta ocasión exteriorizó una lamentación:

—Me da pena verte tan preocupado por

pagar esas cuentas... y yo sin poderme mover  
hoy...  
—Todo se arreglará, madre...

—Con el dinero que les has pagado a esos  
doctores, a estas horas debieran estar bailan-  
do el "charleston"...



*Actuaba de pianista...*

—Pronto volverás a andar... Dios lo que-  
rrá...

¿Qué no haría Sam por su mascota?  
Reflexionó varias, muchas noches...  
Su imaginación no podía apartarse del

"ring"... ¿Qué se hicieron de aquellos héroes  
del cuadrilátero después que se eclipsó su es-  
trella?

Y al fin dió con una buena solución: ex-  
plotar su nombre, ventajosamente conocido,  
abriendo un restaurante nocturno.

Empleó sus últimos ahorros en ello, y un  
nuevo lugar de recreo noctámbulo de gran  
moda abrió sus puertas a los ociosos.

Sam regentaba el negocio y era la principal  
atracción. Actuaba de pianista y cantante de  
cuplés de moda.

Lo mismo que toda la dependencia, Sam,  
cuando actuaba, iba vestido a la usanza de  
los empleados del ring, luciendo siempre el  
jersey de la buena suerte. Luego reaparecía  
vestido de smoking, como gerente del negocio.

Una noche Carlota entró con su séquito en  
el restaurante de Sam y alegróse extraordina-  
riamente de volverle a ver.

Le llamó al palco, prescindiendo de lo que  
pudiera pensar su novio Monty, y le dijo, des-  
pués de saludarle cariñosamente:

—¿Quiere usted hacerme el favor de tocar  
lo que tocaba aquel día?

Sam recordó... pues no había olvidado... y  
repuso con melancolía:

—No les gustaría... La gente que viene aquí  
no quiere oír más que "jazz"...

—Se lo suplico....

Monty, celoso, odiando a Sam, le tiró un billete, ordenándole:

—Tome usted... y toque lo que le pide la señorita.

Pero Sam rechazó la afrentosa limosna y complació a Carlota.



—... *La gente que viene aquí no quiere oír más que "Jazz"...*

Monty, intencionadamente, rompió un vaso y bostezó, para que Sam fracasara.

Y, al final de la sentimental sonata, nadie, excepto Carlota, aplaudió.

¡La gente estaba intoxicada de música negra!

Para desagraviar a Sam, Carlota estuvo a verle en su despacho y hablaron como buenos amigos, sintiéndose ella vivamente interesada por él, que era todo un hombre.

\* \* \*

El negocio iba viento en popa. Sam estaba satisfecho, materialmente hablando, pero le preocupaba el temor de que Jorge, tan descentrado, se perjudicase con el roce con la ociosa clientela...

Su ex manager, que actuaba de asesor, le dijo:

—Acaso Jorge no es ya mayor de edad? Además, esto no es ninguna escuela de párvidos...

—Lo sé, amigo mío... pero tengo que velar por Jorge por el bien de su madre, a quien debo todo lo que soy en este mundo...

Y lo que temiera sucedió: Jorge frecuentaba a los clientes y gastaba más de la cuenta,

Sam le llamó un día a su despacho y se lamentó de su conducta.

—¿De qué te quejas ahora? —dijo Jorge con tono desabrido.

—¿De qué me quejo? ¡Pues... casi nada!... En diez días me has gastado dos mil dólares... ¿Qué haces con el dinero?

—Los he gastado por el negocio... Todos los días te traigo gente de la mejor al "cabaret" y esto cuesta dinero...

—Costará dinero... No lo niego, pero dos mil dólares en diez días no hay negocio que lo resista... Sepárate de Monty Garside y de su grupo y saldremos ganando...

—¿Y de su grupo? ¿Del grupo de Carlota Ashe, querrás decir?...

—Del grupo que sea... Por la utilidad que dejan al negocio es necesario que no vuelvan...

Jorge estaba algo bebido y clamó odiosamente:

—¡Ah, ya lo comprendo!... Lo que tú quieres es que me separe de Carlota para acercarte tú... ¿No es eso, "hermano"? ¿Por qué no dices de una vez que te estorbo?

—¡Cállate!

—Me he fijado en que, todas las noches, lo que no te atreves a decirle con palabras se lo dices con música...

—¡Te digo que te calles! ¡No estás en tu juicio!

—Sí, ¿eh? Si quieras que te sea franco, estás perdiendo miserablemente el tiempo... Carlota está comprometida con Monty, pero yo...

Sam no pudo aguantarse más y dió un bo-



—... *Lo que tú quieres es que me separe de Carlota para acercarte tú...*

señaló a Jorge, entregándolo luego, sin admitir réplica alguna, a su ex manager, para que lo llevase a casa de su madre y lo dejase en la cama.

\* \* \*

Jorge amaba como un insensato a Carlota y estaba dispuesto a quitársela a Monty, creyendo que ella le prefería a él.

Pero a quien Carlota amaba era a Sam, y cuantas atenciones tenía con Jorge eran debidas a simpatía y nada más.

La vigilia de Año Nuevo, Carlota y su séquito cenaron en el restaurante de Sam. Jorge bailó un baile con ella y dejándose dominar por su pasión la besó en un brazo, declarándole que la amaba con locura.

Carlota se disgustó y negóse a seguir bailando con Jorge, cuyo desengaño fué terrible, llevándole al extremo de odiar a muerte a Monty.

Sam estaba atareadísimo aquella noche, pues era enorme la afluencia de clientes, pero recibió con agrado la visita, en su despacho, de Carlota, cuyo amor por él no podía ya ocultar.

Sam aprovechó la ocasión para hablarle de Jorge.

—Yo no sé cómo decírselo, señorita... Jorge, mi hermano, se está proposando... Tira el

dinero a manos llenas... ¿No podría usted influir cerca de sus amigos para impedirlo? Además, usted pertenece a un mundo completamente distinto del nuestro...

Carlota le miró a los ojos y pronunció, insinuante:

—Cada cual pertenece al mundo a que quiere pertenecer, Sam...

Y oyendo las risas de los alegres clientes, añadió:

—¿Quién sabe lo que el año nuevo nos tendrá reservado a los dos?... ¿Algo bueno?... ¿Algo malo?...

—¡Quién sabe!...

—Este es el primer Año Nuevo que pasamos juntos... ¿Quién sabe si será el último?... Olvidémoslo todo y pensemos sólo en el **Ahora...**

Acercó sus labios a los de Sam, y éste, abrazándola, iba a besarla, mas se detuvo y rumoreó:

—No me arrastres demasiado lejos, Carlota...

—¿Por qué me temes, Sam?

Toda ella era amor, puro amor, y Sam besó aquellos labios que le prometían venturas sin fin.

Monty, buscando a Carlota, sorprendió las caricias y, airado, bebiendo como estaba, trató de abalanzarse a Sam; pero Carlota se lo llevó

al palco, rompiendo delante de Sam su compromiso.

Monty amenazó a Carlota si le dejaba, y, sin intimidarse, la enamorada de Sam le echó en cara que había llegado al convencimiento de que a él no le interesaba más que su dote.

Y era cierto, pues Monty estaba completamente arruinado.

Prueba de ello era que Sam había recibido una nota del Banco rechazando los cheques entregados a él por Monty en pago de las notas de varias noches, por no haber saldo en la cuenta corriente del vendedor.

Decidido a no conceder más crédito a tan peligroso cliente, Sam le mandó, por un camarero, la nota del Banco y los cheques rehusados, a los que se sumaban las cantidades de los despilfarros de aquella noche; y Monty creyó enloquecer de desesperación.

En tanto, Jorge, cegado por los celos, pretendía dar muerte a Monty.

Y cuando dieron las doce, la algarabía en el local, sumido a obscuras unos momentos, fué ensordecadora. Risas, besos, disparos de champaña, estrépito del "Jazz-band"...

Carlota y Sam se buscaron, para recibir juntos el Año Nuevo, y, de pronto, una sombra dibujóse en la pared, proyectada por una débil luz, y se vió claramente un revólver. Luego, un disparo y un cuerpo en tierra:

Monty. Después, Jorge, enloquecido, alejóse, mirando en dirección al caído. Y, a continuación, Sam y Carlota, al reunirse en el palco, al encenderse de nuevo las luces, encontraron muerto a Monty.

Se miraron con intensa emoción. ¿Quién lo había matado?

Convenía evitar la alarma, el escándalo.

Sam procedió con habilidad suma, y cuando llegó la policía, el asunto, en lugar de esclarecerse, se entenebrecía.

Sam recordó la locura de Jorge, encontró a faltar en su cajón su revólver, y temió que él había sido el matador. Dió órdenes para que le buscasen, y al presentarse ante él, Jorge negó haber matado a Monty. Quería matarle, pero no le mató.

La policía, cuyo jefe conocía y apreciaba a Sam, dijo a éste que debía detenerle, pero Carlota, para salvarle de cualquier sospecha, declaró que la única que tenía motivos para matar a Monty era ella, por haberla amenazado de muerte; y cuando aquel asunto estaba más embrollado, hallóse el revólver homicida.

El jefe hizo pedir por teléfono el nombre del dueño del arma, indicando el número de la misma, y se vino en conocimiento de que era el revólver del propio Monty.

¡Se trataba de un suicidio!

¡La cosa estaba clara!

Y no se habló más del asunto.

Jorge comprendió su gran error, que lo puso a los umbrales del crimen, pues aunque él no mató a Monty, lo hubiera hecho, de no haber oído, un segundo antes de ir a dispa-



*¿Quién lo había matado?*

rar él, el tiro que acabó con el vividor.

Y para la felicidad de todos, empezando por la suya, Carlota y Sam se unieron para siempre, llenos de sublime amor.

FIN

E B.